

## El hombre solidario

Perdona que te interrumpa en aquello que estés haciendo, aunque supongo que si estás leyendo estas líneas es porque has decidido regalarme un poco de tu tiempo y por tanto estás dispuesto a escuchar lo que te voy a narrar. Quiero contarte una historia, en el mejor de los casos puede que te sirva para aprender algo de mi experiencia, no es que yo sea una persona muy inteligente o ejemplar, tampoco es que pretenda ser algo así como un maestro, pero uno nunca sabe cuando va a toparse con un buen consejo o con una anécdota que puede cambiar tu vida o tus actos para el resto de tus días.

Yo era un tío solidario, ahora que lo pienso puede que lo fuera demasiado. Pero por más que hacía por los demás nunca llegaba a estar conforme del todo. Desde muy pequeño había decidido que quería ser un buen hombre, generoso y, a ser posible, justo, prudente y sabio. Había intentado de todo para alcanzar mis ideales. Había hecho mil y una cosas procurando que mi conciencia me dejara dormir tranquilo cada noche, pero me era imposible hacerlo, sabía que mis metas jamás podrían ser alcanzadas, que me prometía a mí mismo una luna que nunca llegaría a rozar siquiera.

Tumbado en mi cómodo colchón de látex, acurrucado por calefacción eléctrica, rodeado de lujos inútiles y gratamente acomodado en casa de mis padres no podía dormir bien, mi propia conciencia me repetía una y otra vez que no merecía una vida tan comfortable. Mientras decidía si me ponía a contar ovejitas saltando cercas de madera o me limitaba a divagar hasta caer en los brazos del sueño de puro agotamiento, pensaba en cómo habría sido mi existencia de haber tenido la desgracia de nacer sólo unos cientos de kilómetros más al sur... mi 'mente me enseñaba de manera ostentosa las imágenes de aquellos niños moribundos a las que ya nos han acostumbrado de tanto enseñarlas, de todas esas guerras civiles y masacres indiscriminadas, de todas esas personas que mueren intentando llegar a nuestras tierras, a nuestras vidas acomodadas, a nuestros colchones de látex... podría haber hecho como la mayoría de la gente, haber obviado todos esos pensamientos y dedicarme a estrujar todo lo que pudiera de la vida que me había tocado, exprimir mi gajo de la naranja o comer mi parte del pastel. Relegar a un rincón esos sentimientos y extraerlos sólo cuando fuesen necesarios u oportunos. Pero no podía hacerlo, sencillamente no podía, no sabía. Era una de esas personas que deben hacer algo por los demás, un estúpido que no tiene cabida en este mundo globalizado, repleto de papeles y tecnología.

Ya en el colegio solía levantar profundos dolores de cabeza a mis profesores de religión, preguntándoles acerca de aquellas cosas que no entendía muy bien de las iglesias o de su doctrina. Como aquella vez en la que le pregunté a mi profesora de catequesis por qué no podía hacer mi primera comunión vestido con un chándal y calzado con unas zapatillas de deporte... total -indiqué con aquella versión infantil de mi inconformidad- si según tú voy a ver a un amigo que lleva junto a mí toda la vida... O ésa otra en que indiqué algo que no me cuadraba del todo. Jesús, un judío hijo de un carpintero -al que idolatran los cristianos como los romanos o los griegos lo hacían con sus dioses paganos- era un hombre humilde, dedicado por completo a los demás, sobre todo a los pobres y a los enfermos, un comunista de cabo a rabo al que no le importaba ceder su pedazo de pan al prójimo por una sonrisa, un hombre honrado, dotado con el poder de la palabra, sacrificado al final por sus ideas progresistas, por sus deseos de igualdad... un hombre que adoctrinaba en la humildad, sin ostentaciones... sin embargo las iglesias, los sacerdotes... los papas... vivían en su mayoría en la opulencia. El Vaticano poseía más riquezas que la mayoría de los estados del mundo. ¿Por qué no

utilizaba toda esa riqueza por el bien del prójimo? ¿Por qué era cada día un país más rico? Tengo que aclarar que yo soy cristiano, creo en Dios y a veces hasta acudo a la iglesia, pero hay cosas que no me cuadraban entonces, ni lo hacen ahora y que no puedo evitar murmurar en alto en cuanto tengo ocasión.

Cuando llegué al instituto y pasé a cursar Ética hubo otro montón de cosas que me parecieron mal, como la importancia que se le daba a la formulación o a las ecuaciones de segundo grado y así... o al pensamiento de tipos que llevaban siglos muertos y cuyas ideas eran en ocasiones puras idioteces para mi gusto. Me peleé con casi todos mis profesores en alguna ocasión y me dediqué en cuerpo y alma a intentar cambiar aquellas cosas que no me gustaban... .

No conseguí nada.

Después dejé de estudiar, quería trabajar para ganar dinero. Aunque, con aquellas ideas peregrinas que tenía por aquel entonces lo primero que hice con mi primer sueldo fue apadrinar a un niño. Espero que no me taches de idiota o de ser demasiado pueril por creer que así ayudaba en algo a los demás. Otra vez la pesada de mi conciencia, siempre era ella quien tenía la culpa, me hizo gastarme aquel dinero en un chaval que no conocía y al que ni siquiera supe nunca si le llegó algo en realidad. En mis ratos libres me dediqué al voluntariado, pasé por todo tipo de sitios y lugares, algunos tan siniestros que me duele recordarlos y otros más vivos y alegres que cualquier guardería, desde apoyo a drogadictos hasta reparto de alimentos en barrios chabolistas. Me valía cualquier persona que necesitase ayuda. Mis ganas de ayudar no tenían límite y no tardaron en llevarme a gastar casi la mitad de mi sueldo mensual en apadrinamientos y ayudas varias. Pero nunca estaba conforme con lo que hacía. Sabía que podía hacer todavía más y aquello me entristecía alarmantemente.

Lo que yo daba, lo que ofrecía, sólo era una mísera limosna, era todo aquello que me sobraba. Nunca me quedé sin mi parte para dársela a los demás y esa sensación de no estar haciendo nada en realidad me tenía preso en remordimientos que creaba para mí mismo, de mi uso único, personal e intransferible. Sí, puede ser que hiciera más que la mayoría, que me enfadase por el despilfarro del consumismo salvaje desatado en los países ricos... pero yo vivía en ese mismo mundo que pretendía criticar. ¿A quién quería engañar? Yo era igual que el resto de los habitantes del primer mundo. Era un egoísta despilfarrador repleto de lujos inútiles de los que gozaba mientras cientos de niños morían cada día para que mi vida resultase más cómoda.

Incluso compraba en las tiendas de los chinos porque era más barato, así me sobraba más dinero que gastar en mis ayudas. Y sin embargo yo sabía que esos productos eran más baratos porque estaban fabricados por niños que no cobraban un sueldo como era debido y que en muchos casos vivía esclavizados. Que ironía ¿no?

¿Quién podría dormir con esos pensamientos?

Lo fácil es lo que se suele hacer. Lo que seguro que haces tú y cualquiera que tenga dos dedos de frente. Uno se muestra pesaroso y enfadado por lo que ocurre en, por ejemplo, África, dices algo como: "es una vergüenza, ¿por qué nadie hace nada para que no sucedan estas cosas?" El problema es que ese enfado, ese pesar dura lo que tardan en pasar las imágenes de turno, después todo se esfuma. Eso es lo bueno del asunto, que la conciencia no te critica continuamente y te hace realizar locuras, porque está escondida en un rincón. Uno se toma su cervecita o su chato en el bar de la esquina y comenta algo sobre que es una pena cuántas personas han muerto en Kenia por las ansias de poder del presidente o que nadie debería vivir en las condiciones que tienen en Etiopía, pero mientras hace esos comentarios se está comiendo una croqueta o unas aceitunas, o las deja que si no cuando llega a casa no puede con la comida... no sé si me estoy explicando bien.

¿Me entiendes?

Espero que sí. De otro modo no podría explicar lo que me impulsó a cometer esta locura que te voy a contar. De nuevo mi conciencia me jugó una broma pesada.

Todo ocurrió en la cena de Navidad. En casa de mis padres éramos diecisiete personas, todos vestidos con sus mejores galas... menos yo claro, que vestía mis habituales vaqueros desgastados y una de mis típicas camisetas antisistema (fabricadas por tipos que se ganaban muy bien la vida vendiendo el anticapitalismo y cosas así...). Mi familia se sentó a comer y por primera vez en muchos años nadie realizó ningún tipo de comentario sobre mi atuendo, supongo que ya estaban acostumbrados. Cuando vi toda esa comida... bueno no pude resistirme. 'Aproveché que todos estaban distraídos con sus langostinos y sus mariscos para encender el VHS. En el reproductor había una cinta que un amigo había grabado durante su estancia como cooperante de una ONG en Somalia. Yo la había estado viendo hacía un par de días y era... bueno era sencillamente aberrante. Aquellas imágenes eran con mucho muchísimo más duras que las que los telediaros suelen colocar durante la sobremesa para inyectarnos una milésima de compasión de vez en cuando, ésa que se borra en cuanto llegan las noticias de deportes. Nadie se esperaba encontrarse en un momento así con dichas imágenes de hambre, enfermedad y muerte. La verdad es que fue un golpe bajo, dado cuando menos se lo esperaban. Quizá fue por eso que nadie reaccionó como pretendía, nadie me arrebató el mando a distancia o se levantó a apagar la televisión, nadie fue capaz de moverse ni de decirme nada al respecto. La caja tonta los atrapó durante un largo minuto, casi como si estuvieran en el momento de las campanadas de nochevieja... así, toda mi familia pudo disfrutar de unas desagradables imágenes de personas desnutridas mientras se encontraban en una mesa repleta de comida totalmente superflua.

He de confesar que yo mismo- supe que me había extralimitado. Todos me miraron con cara de asco y algunos, después de esos primeros instantes de shock tuvieron el valor de dirigirme unas palabras malsonantes, pero mi victoria era palpable, la mayoría de ellos dejó de comer y los que siguieron haciéndolo (los que realmente se mostraron coherentes con su vida) lo hicieron con caras de desagrado, como si degustar aquellas delicias fuese un delito, pero un delito que debían cometer.

Sí, me pasé, al fin y al cabo mi familia no hace más que lo que nos han enseñado a hacer, se limitan a vivir como corderos en un mundo cercado, son las ovejas que saltan mi cerca cuando no puedo dormir... aunque he de confesar también que aquella noche dormí a pierna suelta. Además, había tomado una importante decisión. Callaría a mi conciencia para siempre.

No había otro modo de hacerlo, si quería ayudar a los demás de verdad tenía que convertirme en uno de ellos. Yo no podía vivir en casa de mis padres y luchar porque desapareciesen las desigualdades. Así que el mismo día 1 de enero me levanté antes que nadie, me vestí, cogí todo el dinero que tenía guardado en mi habitación y me marché. En el cajero saqué hasta el último euro de mi cuenta (al menos todo lo que me dejó) y cogí un taxi rumbo al aeropuerto. Como era muy temprano aún tuve tiempo de ver a muchos de mis amigos y vecinos regresando a sus pisos después de toda una noche de fiesta. Yo hacía mucho que no salía, antes lo hacía, pero desde que casi me matan unos rapados por intentar defender a un negro (cobramos los dos de lo lindo), había decidido quedarme en mi casa por las noches. Era más seguro.

El taxista apenas habló. Por su cara era evidente que no le hacía ninguna gracia tener que trabajar el primer día del año. Me dediqué a observar el interior del taxi, solía cotillear así, intentando hacerme una idea de la vida de las personas con las que me cruzaba. Descubrí que aquel hombre orondo y despeinado, con olor a Colgate y ojos de querer y no poder, era hincha del Atlético de Madrid y que sentía devoción por San

Cristóbal y por una decena de vírgenes varias que llevaba pegadas en la guantera, que le gustaba el olor a pino y que, de vez en cuando, se fumaba un cigarrillo en el interior del taxi. No indagué mucho más. No quería pensar, si pensaba, aunque fuera un poco, estaba seguro de que mi mente civilizada me obligaría a regresar a mi cama y a dejarme de estupideces.

Fue una suerte que al llegar al aeropuerto hubiera plazas disponibles para un avión con destino Argelia que salía en poco más de una hora. Como no tenía equipaje que facturar me dediqué un último homenaje antes de mi aventura. Desayuné un par de croissant, una tostada con aceite y me tomé un buen café. En unos días recordaría aquel montón de colesterol y grasas con añoranza. .

Después, en el avión, dormí. Así, casi sin darme cuenta me presenté en Argelia. Tumbado en mi cama todo había parecido muy sencillo, sólo tenía que ir hasta Argelia, contactar con las mafias locales y pagar mi pasaje en un cayuco con destino a la tierra prometida, a España. ¿Que por qué lo hacía? ¿Y yo que sé? Sólo sé que quería saber cómo se sentían aquellos desgraciados capaces de jugarse la vida por llegar a mi país.

No caí en el problema del idioma, pero después de caminar de aquí para allá fue muy fácil para mí que Rachid, un niño con cara de listo, que se me había acercado para pedirme unas monedas y que, con total seguridad acabaría trabajando de peón en una obra en España, me indicase el lugar en el que la agencia de viajes "Juéguese la Vida" contactaba con los infelices que reunían todos sus ahorros (y en ocasiones los de toda su tribu o familia) para embarcarse en una nave de juguete, de mentira. Aunque aquello era normal, ¿por qué habrían de utilizar un barco real cuando lo que perseguían era un país imaginario? Sólo podrían alcanzar su sueño a bordo de una nube, por eso eran tan pocos los que terminaban alcanzándolo. Hablé en mi estruendoso inglés barriobajero, con un tal Hassam, que tenía un lunar en la punta de una nariz ganchuda y gigante, unos ojos oscuros, siniestros, que me hicieron estremecer... y una inteligencia de comerciante viejo que pronto llegó a cautivarme, parecía un anuncio de tele tienda a pie de calle. Recordé los negreros de los que había leído en los libros de mi niñez y pensé que este esclavista era más afortunado que ellos. Aquellos viejos negreros tenían que recorrer África en busca de negros, capturarlos y llevarlos a América o a Europa para venderlos al mejor postor; pero estos estaban en una fonda sentados cómodamente, bebiendo un té moro y los esclavos llegaban hasta ellos y encima les pagaban para convertirse en sus siervos, realmente eran hombres afortunados estos negreros del siglo XXI.

Cuando indiqué a aquel individuo lo que pretendía me miró extrañado, pero después se limitó a encogerse de hombros divertido. Había oído hablar de las aficiones particulares de algunos occidentales, cuando uno no tenía mucho que hacer y tenía dinero de sobra podía dedicarse a excentricidades así. Supongo que pensó que se trataba de alguna nueva moda o de algún tipo de deporte de riesgo... el caso es que me pidió los cuatro mil euros necesarios y me aceptó en uno de los últimos grupos que intentaría cruzar el estrecho.

A la mañana siguiente partimos hacia Marruecos, íbamos a pie y viajábamos de noche para no ser detectados, aunque según me dijo Omar, el guía contratado por el negrero Hassan para mi grupo, la policía marroquí y la argelina solía hacer la vista gorda. Éramos unos cien. Pude contar cinco mujeres embarazadas y unos quince niños, los demás eran hombres adultos y fibrosos, según recordaba de mis conocimientos y algunas historias los más aptos de la familia, aquellos que podían valerse por sí mismos y que cuando llegaran a la tierra prometida, donde las fuentes chorreaban Coca Cola y los frutos de los árboles sabían a hamburguesa, podrían enviar algo de ayuda a los que dejaban atrás...

El viaje a través del desierto duró unos diez días, tras los que nos parapetamos al cobijo de colina. Al principio tuve que aguantar la desconfianza y las miradas desdeñosas de mis compañeros de odisea, pero transcurridos aquellos primeros días de viaje fui considerado uno más del grupo. A pocos parecía importarles algo qué hacía yo allí, sólo deseaban cumplir su sueño. Desde allí pude ver el Mediterráneo, tan pacífico y apaciguado como uno espera encontrárselo, el mar de los dos tierras, el mar de las viejas culturas, el mar de la civilización... de la historia antigua, el mismo mar que separa dos formas de vida de una forma tan apabullante.

Sabía que seríamos llamados bruscamente durante la noche para iniciar al viaje hacia costas españolas, Omar me lo había avisado. Le entregué hasta mi último céntimo y le regalé mi cartera y mis documentos. No sabía si le servirían para algo pero él era un tipo simpático y yo me sentía así de generoso, dispuesto a afrontar sin nada que me anclase a mi pasado aquella gran aventura... porque eso era lo que era para mí. Ahora puedo admitirlo. Entonces mi conciencia y mi eterno sentido de la solidaridad me lo impedían, ¿cómo pude estar tan ciego?

La barca era más pequeña de lo que nadie podía imaginarse, creo que nos embarcamos unos setenta. Sabía que otra pequeña embarcación había partido junto a la nuestra con los otros treinta emigrantes ilegales. Ilegal, que apelativo más feo para designar a una persona. Junto a mí iba una mujer que llevaba un pequeño de unos dos años en sus brazos. En medio de la noche, en medio del oleaje del Mediterráneo desatado, vi la esperanza en los ojos de aquella mujer. Yo era un punto negro en aquel mar blanco de esperanzas de futuro, de sueños, de anhelos... yo era un estorbo allí, ahora lo sé. Pero, puedo jurar que al mirar al niño que Ella llevaba en sus brazos, al verle sonreírme, vi la ilusión reunida de toda África, de todos los desamparados, de todos los pobres y necesitados del mundo.

Aquella primera noche fue durísima. Nadie miraba a nadie directamente, todos éramos iguales allí, olvidé el color de mi piel, mis ideales, mis ganas de ayudar, olvidé incluso mi conciencia al saber que había junto a mí sesenta y nueve almas rivales que competirían por sobrevivir llegado el momento, que no dudarían, pues en ellos estaban depositadas todas las esperanzas de los suyos. Yo no gozaba de aquella ayuda extra, de aquella protección. Yo sólo era un blanco estúpido en aquella diana negra como el carbón, como el dolor, como la codicia...

Se olía el miedo como se huele el orín en las esquinas. Cuando una ola más fuerte de lo común zarandeó el cayuco de forma alarmante pude oler mi propio miedo caldeando mi entrepierna. Intenté entablar una conversación con alguno de aquellos compañeros de miedo y travesía, de terror y anhelos, de ilusión... como era de esperar nadie respondió a mi invitación, y aun así pude sentir su solidaridad para conmigo. Aquel silencio compartido por setenta almas aterrorizadas fue el bastón en el que todos nos apoyamos para aguantar cuerdos aquellas primeras horas de agonía.

La verdad era que yo allí era un extraño, un intruso. Puede que sus procedencias fuesen remotas entre sí, que llegasen de distintos países o pertenecieran a etnias diferentes, que no pudieran compartir una conversación... pero eran compatriotas de la penuria, de la necesidad extrema... sí, yo era el único extranjero real y no porque fuese de un color distinto, mi diferencia con ellos era mucho más profunda que la pigmentación de mi piel, allí yo era el único que no estaba por necesidad.

Te confesaré ya que me estás escuchando, que mi conciencia empezó a abandonarme en ese mismo momento, cuando me percaté de que estaba fuera de lugar... aunque aún pasaría algo más que acabaría por ahuyentarla del todo, por matarla.

Dentro de lo inhabitual que resulta pasar una noche en un cayuco en mar abierto, rodeado de personas que sólo ansían pisar tierra firme, la primera de las que pasé en aquella frágil embarcación transcurrió sin más problemas de los consabidos, los hubo incluso que se atrevieron a dormir. Yo no. De todos modos el frío comenzó ya a ser demasiado intenso y pasó factura a esas gentes tan poco acostumbradas a temperaturas bajo cero, algunos de los niños más pequeños lloraron y pidieron algo que llevarse a la boca. Mi último reducto civilizado, una chocolatina que me había dado Omar a modo de despedida, acabó en el estómago contraído del pequeño abrazado a su madre.

Pero todo fue de mal en peor a medida que transcurrían las horas... los días. Cuando alcanzamos el cuarto mediodía sin ver tierra, el mar estaba enrabiado con nosotros, era como si le molestase nuestra presencia allí, las olas nos zarandeaban de un lado a otro sin medida y estuvimos a punto de irnos a pique en más de una ocasión. Algunos hombres nos dedicamos a vaciar las aguas que amenazaban con hundirnos con la simple ayuda de los cuencos formados por nuestras manos encallecidas. Fue agotador. Nunca olvidaré aquel día... tuve que ayudar a tirar por la borda al primer hombre cuya voluntad no fue capaz de resistir el pulso al mar. En días posteriores, en aquellos momentos en los que el mar decidía otorgarnos un leve respiro, entregamos al Mediterráneo a doce o catorce hombres más, perdí la cuenta... antes de comenzar a navegar todos parecían robustos, sanos... lo peor de aquel acto cotidiano de arrojar un cuerpo inerte por la borda fue el momento en el que me tocó tirar al agua a un niño de unos doce años... su cuerpo apenas tenía consistencia, no pesaba... fue una experiencia desagradable, traumática, difícil de contar... pocas personas serán capaces de enumerar los sentimientos que experimenté en aquel instante, fue uno de los peores momentos de mi vida. No, fue el peor. No le deseo a nadie el tener que pasar por un trago semejante.

Después ya no sentí gran cosa. .Perdí por completo la noción del tiempo y la misma cordura. No sé cuánto tiempo estuve así, perdido en las brumas de mi mente, con mi conciencia deambulando en busca de una meta que nunca iba a alcanzar... sé que estuvimos muchos días a la deriva, sin rumbo ni sentido, nuestra propia existencia parecía una meta imposible... pero fui devuelto a la vida. El niño aferrado al regazo de su madre me cogió de la mano y me apretó con fuerza, regresándome a la aciaga realidad. ¿Por qué no me olvidó sin más? ¿Por qué no me dejó que yo olvidara?

Quise devolverle el gesto con una sonrisa y noté la sangre recorriendo mi barbilla rasposa. El sol, el viento, el salitre y la humedad habían acartonado mi cara y mis labios, me habían producido multitud de quemaduras, cortes y llagas. Tenía la garganta pegada por la sed y apenas fui capaz de abrir los ojos cerrados a la fuerza por pegajosas legañas... sin embargo yo quería ofrecerle algo a aquel muchacho... lo miré con un amor que no había sentido hasta ese momento por ninguna persona... y que nunca podré sentir por nadie, pues todo mi amor se gastó en aquel breve lapso. Los ojos del pequeño me mostraron el camino de regreso de la locura.

Noté que su madre apoyaba su cabeza sobre mi hombro... sentí el helor del frío. Antes de saber qué pasaba... supe sin el menor atisbo de duda que aquella mujer engrosaría también la lista de seres anónimos enterrados en el mar.

Sin saber ya cómo llorar esa nueva muerte, de dónde extraer las lágrimas, cogí al pequeño en brazos, arrancándolo de las manos inertes de su madre, alejándolo de la muerte. Después empujé despacio el castigado cuerpo de la mujer, deslizándolo despacio mis dedos por su piel, con cariño. Con el último atisbo de energía que me quedaba lancé. el cuerpo de ésta por encima de la borda.

Alguien gritó con una voz muy débil pero extrañamente ansiosa. Levanté la mirada, aun a riesgo de romperme el cuello acalambrado o caer al mar y la vi, la costa, habíamos alcanzado la costa española.

La marea nos arrastró hasta la entrada a una playa, tuvimos suerte, pues nos podría haber lanzado hacia los arrecifes o habernos hecho naufragar... al llegar a la costa nos estaban esperando la Guardia Civil y la Cruz Roja...

Para todo el mundo resultó una sorpresa y un acontecimiento excepcional que un europeo arribara en la costa en un cayuco, abrazado a un pequeño negrito, acompañado de una muchedumbre de negros harapientos, negros procedentes de África, esclavos para sus minas, para sus modernas minas del siglo XXI.

Tardé en reaccionar, sólo lo hice en el momento en el que la policía municipal y los servicios sociales trataron de arrancarme' al niño de mis brazos. Yo no quería soltarlo, aquel niño significaba esperanza, significaba que aún había algo por lo que luchar... tras un infructuoso forcejeo consiguieron arrebátarmelo y me echaron una manta por encima...

Alguien vino y me dio una taza de café caliente. Recuerdo que temblaba sin control, casi no recuerdo más de aquella noche, sólo que mi conciencia gritaba como loca. Alguien más se acercó y me dijo algo triste con palabras aún más tristes.

Mi conciencia, siempre mi conciencia.

Alguien dijo algo...

El niño había muerto hacía sólo unas horas y yo ni me había dado cuenta.

Había estado tan cerca...

Ese pequeño golpeó y mató a mi conciencia...

Nunca volví a hacerla caso.

Al regresar a mi casa tras varios días en el hospital alegué una pequeña locura transitoria. Mi familia acabó por creerse mis mentiras y terminó perdonando mi estupidez. Quemé todas las cosas que había comprado en pos de una solidaridad en la que ya no quería creer, en la que ya no creía. Me borré de todas las asociaciones en las que estaba inscrito, anulé todos mis apadrinamientos... borré todo lo que recordara a mi conciencia, la encadené en un rincón y la relegué al olvido.

Como todos.

Con el dinero que antes ofrecía a los demás me compré un chalet en las afueras, empecé a salir con mis amigos otra vez e incluso ligué con la que después sería mi esposa. Me casé al cabo de los años. Me convertí en uno más, en alguien igual que todos los demás... sólo cuando dejé de creer que tenía algo llamado conciencia pude ser feliz de verdad.

Qué triste ¿no?